

SER DISCÍPULO DE JESÚS Y SEGUIRLO EN EL SIGLO XXI

P. Helizandro Terán, OSA *

*Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y lo demás
lo recibiréis por añadidura. (Mt 6,33).*

Abstract

Following Jesus' is what truly allows us to acquire being Christians. Jesus' mission was the establishment of the Kingdom of God. God's Kingdom becomes the good word in salvation in Jesus' lips, but such announcement queries, disconcerts, it turns man's life into crisis because it requires a conversion. Conversion means to open up to this Kingdom dynamism; it means to restructure life according to Gospel's ideal. Thus, Jesus' follower is the one who, by faith, make Jesus' cause his: the building of the Kingdom of God. He who solely gives entirely in to the Kingdom can be called Jesus' disciple, knowing that following Jesus is entering the Kingdom, because Jesus' undertaking engages the announcement of Kingdom's good word and an invitation to follow him. Such invitation to discipleship and steadfast response are indeed a

* El P. **Helizandro Terán**, OSA, es religioso agustino. Es Licenciado en Educación Integral por la Universidad Cecilio Acosta (Maracaibo) en 1996 y Licenciado en Teología Dogmática por la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma) en 1998. Después de algunos años dedicados a la enseñanza de la teología en el ITER, y al trabajo en el área de la educación en el Colegio San Agustín de Caricuao (Caracas), adquiere el Doctorado en Teología Dogmática en la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma) en el 2005. En la actualidad es profesor de la facultad de teología de la Universidad Católica Andrés Bello (Caracas), tanto a nivel de pregrado como de postgrado en el área de la Antropología Teológica y Teología Fundamental y Sacramental. Así mismo se desempeña como Rector del Colegio San Agustín de Caricuao (Caracas).

grace. Every man and woman who wishes to be Jesus' disciple has necessarily to find their existence in Gospel justice's ideal which imply the Kingdom. Only this way can prolong the work started by Jesus' of Nazareth with such joy.

Key words: *Kingdom, Kingdom of God, Jesus' call, followers, Church's mission, disciple, discipleship*

Seguir a Jesús es lo que nos permite adquirir verdaderamente el ser cristianos. De allí la importancia y significación tremendas del tema que abordamos en esta semana teológica: el discipulado. Me corresponde, en este momento, afrontar la problemática de cómo ser discípulo de Jesús hoy, en el siglo XXI.

En días anteriores se ha presentado la cuestión del discipulado cristiano desde diversas perspectivas, tratando de arrojar luz sobre el cómo encarnar este ideal de seguimiento, que a mi modo de ver sigue siendo una temática abierta y profunda que articula y da sentido a toda la teología.

Por tanto, yo no pretendo con mi exposición dar una respuesta última y acabada sobre el interrogante de cómo seguir hoy a Jesús, sencillamente quiero destacar un planteamiento que considero indispensable, o insustituible, y es que: seguir a Jesús hoy implica asumir la causa de Jesús, es decir la causa del reino de Dios. Es sólo desde esta premisa que quiero hacer mi aporte a esta reflexión sobre el discipulado, que se ha venido desarrollando a lo largo de esta semana ITER- UCAB 2007.

1. La causa de Jesús es el Reino de Dios

Una simple aproximación a los evangelios es suficiente para descubrir como el núcleo del mensaje, y de la actividad, de Jesús es el advenimiento del reino de Dios.

El evangelio de Marcos, en su primer capítulo, nos brinda, de entrada, un sumario programático de la misión de Jesús; en el mismo leemos: «*Marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva»»* (Mc 1, 14-15). El texto nos ubica en el dinamismo del reino de Dios. La afirmación «*que el tiempo se ha cumplido*» dice relación a la intervención decisiva de Dios en esta historia. Llega un tiempo nuevo en el que serán

cumplidas todas las promesas. Es el comienzo de la gran salvación, la inauguración del «evangelio salvífico». Lo antiguo ha sido definitivamente superado. Esta acción decisiva y salvadora de Dios estriba en la instauración de su reino en la historia, de allí el énfasis que *«el Reino de Dios está cerca»*. Se trata del señorío de Dios en la historia, es el actuar de Dios como liberador.

Es esta realidad del reino de Dios la que Jesús asume como el eje estructurador de su misión¹. Jesús se nos presenta como aquel que hace posible la llegada de este reino; en su persona este reino de Dios se ha acercado, se ha hecho ya presente en la historia de los hombres. La presencia de Jesús marca el inicio del esperado tiempo de la salvación, pues en él se cumple la promesa mesiánica. En la perspectiva de Lucas (Lc 4, 16-21) el anuncio del reino de Dios no sólo coincide con el contenido de Is 61,1-2: *«El espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahveh. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia de Yahveh»*, sino que este reino alcanza cumplimiento en la persona de Jesús. En todo caso el anuncio del reino quiere decir que: hoy se ha cumplido la palabra de la Escritura que prometía la venida del Mesías: *«Esta Escritura, que acabáis de oír, -dice Jesús- se ha cumplido hoy.»* (Lc 4,21). Jesús mandado por Dios para una misión de liberación² y ungido con la fuerza del Espíritu del Señor, declara el inicio de la era mesiánica; su persona es el signo del tiempo de la salvación, ya que su evento realiza la promesa del reino³.

¹ Cf. R. Haight, *Jesus symbol of God*, (New York – 1999), 97: «Nothing that Jesus said or did is completely unrelated to the kingdom of God, because it condenses and expresses the vision, cause, or mission for which he lived. Thus the notion or idea of God that Jesus mediates is not far from, and certainly cannot be divorced from, what he meant by the kingdom of God».

² Cf. G.B. Caird, *The gospel of St. Luke*, (London – 1968), 86.

³ Cf. L.D. Chrupcata, «Gesù Cristo, la salvezza e il regno di Dio», in *Liber Annuus XLVIII* (1998), 166: «L'adempimento Della Scrittura di cui parla Lc 4,21 corrisponde dal punto di vista formale al passo di Mc 1,15. Anche qui una frase relativa al compimento segna l'inizio Della missione pubblica di Gesù. Il contenuto dei due passi non è tuttavia uguale. Mentre Marco afferma che «il tempo è compiuto e il regno è vicino», Luca dichiara che la «Scrittura si è adempiuta» e si sta tuttora compiendo [...] Per Marco la vicinanza del regno di Dio è il contenuto del vangelo proclamato, mentre per Luca l'oggetto dell'annuncio è la realizzazione stessa del piano di Dio».

Es justamente en las palabras, en las acciones, en las actitudes de Jesús donde se demuestra que el reino de Dios se está instaurando, como algo totalmente novedoso, distinto y alternativo a la sociedad injusta del momento. Este reino es un nuevo orden que entra en total contraste con el antiguo orden establecido, es el nuevo orden querido por Dios para todos sus hijos.

No podemos perder de vista que esto que llamamos reino de Dios es un símbolo religioso⁴, en el sentido que no representa un conocimiento verdadero o conceptual de algo, ni tampoco es un lugar, o un estado específico de asuntos. El reino es símbolo religioso en tanto que apunta a Dios actuando en la historia de la salvación. Es desde esta realidad simbólica que podemos entender este concepto de reino de Dios en una perspectiva dinámica.

Reino de Dios implica, por una parte, soberanía de Dios, es el señorío de Dios en la historia ejerciéndose *in actu*⁵; es a esto lo que llamamos «*reinado de Dios*», y que responde a una iniciativa divina, que está teniendo lugar en la persona y en la actuación de Jesús. Por otra parte reino de Dios expresa, también, relación a la transformación definitiva operada por Dios en la historia, en el corazón de los hombres que han acogido su soberanía, es el establecimiento definitivo del modo de existir marcado por los valores anunciados y vividos por Jesús, de modo que Dios sea todo en todo; este reino «*es algo futuro*», algo que debemos pedir: «*venga a nosotros tu reino*» (Mt 6,10). El reino es de este modo el poder salvador de Dios que irrumpe en la historia de una manera nueva, que se hace un presente continuo en el actuar de Jesús, pero que al mismo tiempo está en una tensión escatológica, en una manifestación futura y triunfal del poder divino.

Ahondemos, brevemente, en estas dos notas características del reino.

1.1 *El reino como realidad presente*

Que Jesús considere que el reinado de Dios comienza a surgir y está ya presente y operante en su misma vida y misión, es algo que podemos constatar

⁴ Cf. Haight, *Jesus symbol of God*, 97: «As a religious symbol the kingdom of God points to something else that is experienced religiously and thus specifically as other and transcendent. If the kingdom of God is understood not as a symbol but as a conception, or as an expression of positive knowledge, it is misunderstood, and this results in confusion».

⁵ Cf. J. Jeremias, *Teología del Nuevo Testamento*, I, (Salamanca – 1974), 122.

desde las primeras páginas de los evangelios. Veamos cuatro parámetros que evidencian esta presencia del reino en el aquí y ahora de Jesús:

Las Parábolas

Una serie de parábolas indican que el reino de Dios está aconteciendo, ahora mismo, en el mensaje y la actividad de Jesús, aun cuando ninguna de estas parábolas se empeñe por puntualizar la naturaleza del reino⁶. La preocupación de Jesús consiste en cómo el hombre asume este reino, la conducta que adopta ante esta propuesta, el decantarse o no por este don ofrecido. Es así como, para Jesús, el reino toma cuerpo en aquellos que como tierra buena saben acoger la semilla fértil de la palabra de Dios (Lc 8,4-16); éstos conservando la palabra en su corazón entran en la dinámica del reino, dando fruto abundante. Es el reino el pequeño grano de mostaza que crece y se convierte en árbol fecundo (Mt 13, 31-32), al que confluirán también los pueblos paganos, pues este reinado de Dios supera todo nacionalismo determinista⁷. Es el reino una porción de levadura que fermenta toda la masa; ese reino que se inaugura en Jesús, «levantará un día toda la masa de la humanidad»⁸, pero por los momentos va creciendo secretamente y separado de cualquier pretensión o despliegue del poder de este mundo.

Es además este reinado un hermosos tesoro enterrado en un campo, y el que da con él vende todo por adquirir ese campo (Mt 13,44), y es también la perla fina de un alto precio⁹ (Mt 13, 45-46), quien la halle va a vender todo para obtenerla; y es que el reino genera en el hombre que lo descubre la alegría

⁶ Cf. J. Fuellenbach, *The Kingdom of God. The Message of Jesus today*, (New York – 1998), 70: «Jesus never defined the expression Kingdom of God in concrete terms. He presented its meaning in symbolic actions [...] but most of all he disclosed its significance in parables, similes, images and metaphors».

⁷ Cf. J. Mateos – F. Camacho, *El evangelio de Mateo*, (Madrid – 1981), 138.

⁸ Cf. P. Bonnard, *El evangelio según san Mateo*, (Madrid – 1976), 308.

⁹ Cf. G. Lohfink, «The exegetical predicament concerning Jesus' Kingdom of God proclamation», *Theology Digest* 36 (1989), 106: «The Kingdom of God is found and acquired here and now. The treasure and the pearl are not proleptically, anticipatorily, and dynamically acquired, but really acquired. The parable does not say that the Kingdom of God is like a merchant who acquires a costly pearl which he only temporarily has in his possession».

profunda de haber encontrado lo más grande, o más valioso, y ante esto todas las demás cosas son relativas.

Según estas parábolas el reinado de Dios acontece en este momento, es accesible, está presente, va creciendo misteriosamente. Es Dios mismo el que va desencadenando este proceso.

Los milagros y exorcismos

Los milagros y exorcismos, obrados por Jesús, son signos evidentes que la predicación del reino no puede separarse de su persona. En Jesús este reino se hace presente y sus milagros y exorcismos dejan constancia que el poder del mal sobre los hombres comienza a quebrantarse. El poder salvífico de Dios se hace eficaz en los cuerpos y espíritus de las personas que salen al encuentro de Jesús. Como afirma Schnackenburg: «las curaciones demuestran sólo lo que El anuncia, es decir, la voluntad salvífica universal de Dios»¹⁰.

La implantación del reino significa un enfrentamiento contra el poder del mal, el antirreino. La victoria de Jesús sobre Satanás pone al descubierto que la salvación se hace presente en Jesús, los espíritus malignos son ya impotentes pues Satanás está siendo aniquilado. La acción taumaturga no es otra cosa «que el reino de Dios en acción»¹¹, signos visibles del comienzo de la era mesiánica.

El perdón de los pecados

La predicación del perdón de los pecados, por parte de Jesús, es testimonio concreto de la era de salvación por él inaugurada. En su predicación del reino, el perdón de los pecados significaba reconciliación con Dios y con la comunidad. No es que Jesús se convierta en portador de un perdón divino, sino que es él mismo con su propio poder el que perdona los pecados.

Esta acción de Jesús de perdonar los pecados entra en conflicto con el poder religioso del entonces: «sólo Dios puede perdonar los pecados» (Mc 2,7) exclamarán los fariseos, y las mediaciones para obtener ese perdón eran sólo la ley y el templo. Sin embargo Jesús redimensiona esta situación al dejar ver que la bendición de la salvación está ahora disponible para aquellos que confían en

¹⁰ Cf. R. Schnackenburg, *Reino y reinado de Dios*, (Madrid – 1970), 107.

¹¹ Cf. Schnackenburg, *Reino y reinado de Dios*, 108.

él y en el reino que él predica. De forma que Jesús reemplaza la adhesión al templo y a la ley por la obediencia a él¹².

La comida con los pecadores

Las comidas con los pecadores fueron ámbitos privilegiados para llevar adelante Jesús su ministerio (Mt 9,10). Jesús es acusado de «borracho y comilón, amigo de publicanos y pecadores» (Mt 11,18-19); pero esa praxis de compañerismo en torno a la mesa ilustra para Jesús la presencia del reino. Sentado a la mesa junto a publicanos y pecadores Jesús destruye la sacra distinción entre el puro y el pecador, conforme a los criterios de la religiosidad del momento. Este reino es inclusivo, no excluye a nadie: «No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores» (Lc 5,32) insistirá Jesús. Participar de ese reino es llamada a una conversión y a una comunión de vida con Dios y con el prójimo.

Pero yendo un poco más de la simple comida con los pecadores, es un hecho patente que Jesús vuelca su atención sobre la masa que es y se siente excluida por el orden social del momento, en otras palabras presta una atención privilegiada por los marginados sociales. Los proscritos de la sociedad constituyeron una buena porción de sus seguidores, de allí que sea común en el evangelio el que Jesús esté rodeado de publicanos, pecadores y prostitutas.

Este dato no es irrelevante, al contrario se convierte en un signo de esa epifanía del Reino, pues «a los pobres se les anuncia la buena nueva» (Lc 4, 18), conforme lo había predicho ya Isaías 61, 1-2; es más: «felices los pobres, porque el reino de Dios les pertenece» (Lc 6,20). A nadie más fue tan expresamente destinado el reino como a los pobres. Esto pone de relieve que el Dios de Jesús es aquel que tiene una atención preferencial por el pobre, el desposeído, el marginado, el excluido, ya sea por criterios económicos-sociales, como religiosos; de allí que el reino sea para ellos buena nueva de salvación y liberación¹³.

1.2 . *El reino como realidad futura*

El reino no está sólo determinado, o circunscrito, a esta historia, sino que esta

¹² Cf. N.T. Wright, *Jesús and the victory of God*, (Minneapolis – 1996), 274.

¹³ Cf. Fuellenbach, *The Kingdom of God. The Message of Jesus today*, 55-58.

realidad del reino despunta como tensión hacia una plenitud escatológica¹⁴; el hecho que Jesús haya enseñado a sus discípulos a orar diciendo: «*venga tu reino*» (Lc 11,2) expresa en una frase muy concreta la esperanza escatológica que Dios vendría en el último día a salvar y a restaurar su pueblo Israel¹⁵. El reinado de Dios está, pues, ya en medio de nosotros pero aun debe alcanzar su plenitud.

Si bien es cierto, como señala Sanders¹⁶, que de los dichos sobre el reino que encontramos en los evangelios podemos extraer o formular diversos aspectos sobre el *significado* futuro «de reino de Dios», si considero importante destacar que la mayoría de estos dichos hacen referencia al reino situándolo en una perspectiva escatológica, en un futuro donde no haya huella de pecado, ni de dolor, ni de sufrimiento, donde la muerte sea superada y llegue el momento del gran juicio¹⁷. Un conjunto de parábolas avalan este planteamiento. El reino es presentado como el banquete nupcial, el cual será disfrutado luego del juicio al final de los tiempos (Lc 14,16-24; Mt 22,2-14); es semejante al reino a las diez vírgenes prudentes que aguardan la llegada del novio (Mt 25, 1-13), por tanto hay que estar en vela pues no sabemos ni el día ni la hora. El mismo mensaje nos lo deja la parábola del siervo que espera la llegada de su señor que regresa de una boda (Mc 13,33-37) o la del mayordomo que se le encarga la vigilancia de todos los siervos de la casa, en ausencia de su señor (Lc 12,42-46). Es más sentencias muy claras como estas: «*Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácatelo. Más vale que entres con un solo ojo en el Reino de Dios que, con los dos ojos, ser arrojado al infierno*» (Mc 9,47); «*No todo el que me diga: «Señor, Señor», entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial*» (Mt 7,21); y al joven rico Jesús le exige que venda todo, y lo reparta entre los pobres, para poder tener posesión de la *vida eterna* y luego se hiciera fiel seguidor suyo (Mc 10, 17-22).

¹⁴ Cf. J. Meier, *Un judío marginal*, II/I, (Estella – 1999), 353: «Habida cuenta de que el ministerio de Jesús tiene su punto de arranque en el mensaje escatológico del Bautista, parece sospechosa la hipótesis de un Jesús ajeno a la escatología, que proclamase un reino de Dios no escatológico».

¹⁵ Cf. T. Rausch, *Who I Jesus? An introduction to Christology*, (Minnesota – 2003), 88-89.

¹⁶ Cf. E.P. Sanders, *La figura histórica de Jesús*, (Estella – 2000), 193-210.

¹⁷ Tomando, por ejemplo, el evangelio de Marcos encontramos que de las trece veces que hay una alusión directa al reino de Dios por parte de Jesús, seis de las mismas lo hacen bajo esta perspectiva de un futuro escatológico, teñidas, en muchos casos, de elementos apocalípticos. Cf. W.R. Telford, *The theology of the gospel of Mark*, (Cambridge – 1999), 79-81.

Todo esto perfila que el reino lleva implícita la acción de Dios como juez; dicho juicio divino no es otra cosa que reafirmar la autoexclusión de aquellos que no quisieron entrar en este nuevo orden de vida que significaba el reino. Es así que encontramos dramatizado este juicio escatológico en la parábola del trigo y la cizaña (Mt 13,37-40), o en la redes llenas de todo tipo de peces (Mt 13,47-48), en el último día se hará la separación de los buenos y malos, de los que aceptaron la invitación al reino, y de los que no se convirtieron y desaprobando los valores del reino.

En otras palabras, el querer salvífico de Dios, la institución de su reino, pasa por una dimensión ética o moral que debe ser asumida o no por aquellos que escuchan la buena nueva de Jesús. Creo que no es suficiente decir sólo que la concepción del reino de Dios oscila entre la actualidad del anuncio evangélico y la consumación escatológica de la historia. A mi modo de ver esta demanda ética del reino es el elemento clave que permite articular esta tensión entre un reino ya presente y un reino que está por venir, un construir ya aquí reinado de Dios y la espera de una transformación definitiva de esta historia conforme a lo que pedimos en el padrenuestro: *«hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»*, es decir que el plan salvador de Dios se haga realidad en todas partes; por tanto este reino demanda una conversión profunda. La hermenéutica de este reino, su comprensión, el descubrimiento de su naturaleza última requiere: «creer y convertirse».

1.3. *La exigencia de Jesús: «convertíos y creed en la Buena Nueva»*

Es verdad que el reino de Dios se convierte en labios de Jesús en buena noticia de salvación, pero tal anuncio cuestiona, desequilibra, pone en crisis la vida del hombre ya que requiere una conversión. Convertirse es abrirse a esta dinámica del reino, es reestructurar la vida conforme al ideal evangélico.

Este reinado de Dios lleva consigo una carga de valores que, de una u otra forma, determinan el comportamiento ético del hombre, pero a su vez estos valores hacen referencia a lo que Dios mismo ha revelado de sí. En términos concretos reinado de Dios implica decir: justicia, fraternidad, libertad, amor, paz, compasión, solidaridad, perdón, tolerancia, opción por el más débil, comprensión, benevolencia, etc. Esto es lo que vivió Jesús de una forma coherente, libre y desafiante. Por ello el reino no es nada ingenuo, reclama principalmente la transformación profunda del yo; pero incluye también un

cambio en las relaciones con el prójimo hasta que dejen de ser interesadas o dominadoras, un cambio en las estructuras sociales y políticas, tantas veces reducidas al poder y a un sinfín de privilegios para unos pocos, y hasta un cambio en la relación con el mundo creado, con la naturaleza, reducida a ser explotada y destruida en aras del progreso¹⁸.

Si la venida del reino, como ya lo hemos afirmado, es don de Dios, fruto de su amor y su gratuidad, esto no desplaza el compromiso de hacer ya, en el aquí y en el ahora, la voluntad de Dios. La entrada al reino, el goce de hacer ya la voluntad de Dios, pasa por la exigencia de una «justicia superior»¹⁹, la justicia del reino (Mt 5,20-43). La dinámica de esta justicia se concentra en el contraste de un comportamiento viejo y el nuevo que exige Jesús, que busca en definitiva, que el hombre pueda identificarse con el amor de Dios que experimenta y anuncia Jesús; es la invitación que hace Jesús a entrar en la dinámica del amor de Dios, que es don gratuito y se extiende como fuente de vida²⁰.

La experiencia de este amor gratuito de Dios es lo que posibilita la respuesta personal a este don del reino; es la clave para generar una conversión en el hombre. La fe exigida por Jesús, ese «creer en la buena nueva», conlleva la vivencia de sentirnos sustentados en este Dios misericordioso, que nos capacita para poder amar al hermano, para poder enrumbarnos hacia el horizonte de la fraternidad y de la justicia, rompiendo todo círculo de violencia y de injusticia. Es el amor comprometido del que nos habla el profeta Isaías y que se traduce en: *hacer justicia al pobre y desposeído, desatar los lazos de maldad, en deshacer las coyundas del yugo, en dar libertad a los quebrantados, en partir el pan con el hambriento, en recibir al pobre en tu casa, y cubrir al desnudo, y no apartarte del semejante que te necesita* (Is 58 6-7). Un amor así permitirá generar una nueva estructura, algo distinto al orden injusto establecido, donde la luz rompa las tinieblas y lo oscuro se convierta en mediodía.

Por eso en la mentalidad de Jesús, que se plasma en el *Sermón del monte*, es este amor desinteresado, comprometido y gratuito por el hermano lo que nos constituye en auténticos hijos de Dios, nuestro Padre; es el que nos hace perfectos como perfecto es nuestro Padre celestial (Mt 5,48).

¹⁸ C. Floristán, «La utopía de Jesús», *Biblia y Fe* 59(1994), 37.

¹⁹ Cf. U. Luz, *Studies in Matthew*, (Michigan – 2005), 198-214.

²⁰ Cf. R. Aguirre, «El mensaje de Jesús y el reino de Dios», en AAVV, *Salvador del mundo*, (Salamanca – 1997), 79.

Convertirse al reino implica, como lo veremos más adelante, un enfrentarse al antirreino, que es la negación de la dinámica de este amor comprometido, tal y como lo avala la praxis liberadora de Jesús. Allí donde los valores del reino se hagan presentes, allí encontramos a Dios, pero el establecer estos valores pasa necesariamente por la lucha contra el antirreino, que los niega y los emplaza, de no ser así entonces esta buena nueva del reino es pura ideología. La causa de Jesús es, así, la buena nueva que el reino ha llegado a nosotros, pero a la vez es el compromiso por desterrar lo que se opone a este nuevo orden querido por Dios.

2. La autenticidad del discípulo de Jesús

Hemos hecho del cristianismo, en la mayoría de los casos, una vía de acceso a la divinidad que nos ha reportado un estilo de vida totalmente alejado de lo que significa, en verdad, que Cristo sea origen y fundamento de la vida del cristiano.

En cantidad de oportunidades hemos modelado un cristianismo que se queda anquilosado en una determinada praxis litúrgica, convertida ésta solo en el cumplimiento de ritos específicos, haciendo de la liturgia cristiana algo desencarnado de la realidad concreta, escondiéndonos en una simple espiritualización dualista o gnóstica.

En muchos sectores de la Iglesia se ha reducido el cristianismo a una sistematización de principios doctrinales los cuales hay que aprender y aceptar, como verdades de fe reveladas; adquiriendo la fe un carácter eminentemente gnoseológico. Seguir a Jesús es saber y dominar doctrina sobre Jesús.

No deja de hacerse presente hoy el querer compendiar nuestro cristianismo a una sentencia, o afirmación sencilla, útil para definir a un creyente: «ése es un católico practicante». Con eso de «católico practicante» lo que ponemos en evidencia es una fe estrechada al cumplimiento de una serie de mandatos, pautas morales, etc., que permiten experimentar una tranquilidad de conciencia. Al respecto resulta interesante ver como Juan Pablo II, en su encíclica *veritatis splendor*, reducía, prácticamente, el seguimiento de Jesús al cumplimiento de la ley²¹. Este perfil de «católico practicante» nos puede conducir

²¹ Cf. Ch. E. Curran, *The moral theology of Pope John Paul II*, (Washington D.C. – 2005), 53: «According to *Veritatis Splendor*, Jesus himself becomes a living and personal Law, who invites people to follow him. But Jesus cannot be reduced only to a

a un tipo de cristiano que adopta una *actitud* excesivamente comedida ante la realidad, buscando el equilibrio en todo, evitando todo tipo de extremos o de riesgos. Sin embargo la radicalidad de la predicación de Jesús denuncia como falsa esta postura, pues ser cristiano implica arriesgar, y comprometerse en edificar un mundo mejor al que tenemos hoy. En tal sentido afirma Von Balthasar: «El individuo cristiano, cuando se entiende a sí mismo desde la acción y el mensaje de Cristo, goza de una posición desde la que puede mover el mundo, aunque perezca en el intento»²².

Pero lo más grave, aun, es que el seguimiento de Jesús, dentro de este marco referencial, experimenta también una fuerte distorsión. Son muchos los cristianos que piensan que seguir a Jesús implica la imitación de sus virtudes; un esfuerzo, por adquirir un conjunto de características (dulzura, bondad, perdón, mansedumbre, etc.) que a la larga les haga posible definirse como otro Cristo. No podemos olvidar que este seguimiento de Jesús, visto como una «imitación de Cristo», es una nota característica de la piedad medieval que, pasando por la corriente espiritual de la llamada «Devotio Moderna»²³, ha sabido mantenerse hasta nuestros días. Ya San Agustín, hablando sobre el seguimiento de Jesús afirmaba: «¿Que quiere decir seguirle sino imitarle?»²⁴, y precisa el santo el imitar a Cristo con las siguientes palabras: «*Bienaventurados los pobres de espíritu*: imitad a aquel que se hizo pobre por nosotros siendo rico. *Bienaventurados los mansos*: imitad a aquel que dijo: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*. *Bienaventurados los que lloran*: imitad a quien lloró sobre Jerusalén [...] *Bienaventurados los limpios de corazón*: imitad a aquel que no cometió pecado y en cuya boca no se halló dolo. *Bienaventurados los pacíficos*: imitad a aquel que dijo a favor de sus perseguidores: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*. [...]

living and personal law. Jesus is also the eschatological prophet, the proclaimer of the reign of God [...] The encyclical has distorted the meaning of Christian morality by putting primary emphasis on obedience to the ten commandments and laws prohibiting certain actions as always and everywhere wrong».

²² Cf. H. Urs Von Balthasar, *Teodramática*, 3, (Madrid – 1993), 417.

²³ Cf. B. Secondin – Tullo G. (ed.), *Corso di Spiritualità*, (Brescia – 1989), 161: «Il clima in cui fiorisce *l'Imitazione di Cristo* è quello della *devotio moderna* di Gerard Groote [...] Secondo l'autore della *Imitazione di Cristo*, la S. Scrittura sospinge l'uomo a seguire Gesù Cristo nella sua umanità, che è la porta d'ingresso per la via spirituale. Egli condensava questa affermazione nell'asserto: *imitari humanitatem, contemplari divinitatem*».

²⁴ Cf. *De Virginitate*, 27; CSEL 41, 265/7: «Quid est enim sequi nisi imitari?»

Quienes imitan estas virtudes siguen en ellas al Cordero»²⁵. Seguir a Cristo sería, entonces, imitar sus virtudes. También S. Buenaventura comenta que el Verbo encarnado es la expresión concreta y más perfecta de la idea de hombre, la cual Dios mismo contempla en Sí mismo desde toda la eternidad; por tanto el hombre debe modelarse sobre este ejemplo perfecto que es Cristo, en el cual resplandece la forma universal de todas las virtudes. De allí que toda regla de santidad consista en imitar a Cristo²⁶. En resumidas cuentas diríamos que a esta «Imitatio Christi» no puede someterse el verdadero seguimiento de Jesús. De ser así el evangelio se nos transforma en un código de preceptos, en una ley abstracta que se cumple en la medida en que se repiten las actitudes de Jesús desde un parámetro netamente espiritual.

También hay otro tipo de cristianos que ven el seguimiento de Jesús, o mejor el Evangelio, como un camino de perfección, una vía de ascesis que tiende a un perfeccionamiento de talante totalmente humano; esto, desde luego, exige una gran dosis de voluntarismo para alcanzar la meta de cumplir las bienaventuranzas, o cualquier tipo de exigencia propuesta por Jesús. Es esta óptica la que lleva, generalmente, al creyente a desinteresarse del mundo, del entorno en el que estamos, para refugiarse en un mundo espiritual construido a su medida. Ante esta postura es que toman valor las palabras de la *Gaudium et Spes* cuando afirma: «los cristianos, en marcha hacia la ciudad celeste, deben buscar y gustar las cosas de arriba; lo cual en nada disminuye, antes por el contrario aumenta, la importancia de la misión que les incumbe de trabajar con todos los hombres en la edificación de un mundo más humano»²⁷.

No quiero omitir, tampoco, esa concepción que reposa en sectores de nuestra estructura eclesial de ver la misión de la Iglesia, y en consecuencia la del cristiano, como una acción misionera que tiende a la evangelización y a la

²⁵ Cf. *De Virginitate*, 28; CSEL 41, 266/6: ««Beati pauperes spiritu», imitamini eum, qui propter uos pauper factus est, cum diues esset. «Beati mites», imitamini eum, qui dixit: «discite a me, quoniam mitis sum et humilis corde». «Beati lugentes», imitamini eum, qui fleuit super Hierusalem. [...] «Beati mundicordes», imitamini eum, «qui peccatum non fecit nec inuentus est dolus in ore eius». «Beati pacifici», imitamini eum, qui pro suis persecutoribus dixit: «pater, ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt». [...] Haec qui imitantur, in his agnum sequuntur».

²⁶ Cf. P. Adnes, *Sequela e imitazione di Cristo*, (Roma – 1994), 146: «San Bonaventura scrive: «*Omne bonum est in Christo; regula iustitiae Christus est; si tu concordans Christo iustus es, si discordans non es iustus*».

²⁷ Cf. *Constitución Gaudium et Spes*, 57.

implantación de la Iglesia en pueblos o en grupos en los que aun no está presente²⁸. Lo que se respira de fondo, en este planteamiento, es la doctrina tradicional de una «*plantatio ecclesiae*», es decir la tesis antigua de una Iglesia que se comprende como fin en sí misma, olvidando una teología de la misión que rescate una mayor sintonía con el Reino y su dinamismo histórico. Esto hace imposible concebir a la Iglesia como «sacramento del Reino» y la misión del cristiano como constructor de ese reino²⁹.

Ante este panorama hoy, más que nunca, cobra una vital importancia aquel pasaje del evangelio de Mateo donde Jesús afirma: «por sus frutos los conoceréis» (Mt 7,16). Esta metáfora «del fruto», apunta antetodo a los actos, de allí que la señal de reconocimiento de los falsos o de los auténticos profetas son sus obras³⁰. Pero ¿qué obras indican que tal o cual persona sea un verdadero profeta? Continúa afirmando Jesús: «no todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial» (Mt 7,21), en pocas palabras, hay una exigencia: cumplir la voluntad del Padre, llevar adelante esta justicia superior, la justicia del Reino. Jesús no busca discípulos que se estaticen en establecer sólo una relación íntima con él, el empeño de Jesús es encontrar discípulos que asuman su ahínco por transformar la realidad circundante; discípulos que manteniendo una comunión de vida con su maestro, trabajen con él en la edificación de una humanidad nueva, conforme al deseo del Padre. La vida cristiana, como seguimiento de Jesús, es pues una praxis: un hacer la voluntad del Padre.

En consecuencia debemos afirmar que el criterio para distinguir al cristiano es su modo de obrar. Para Jesús las obras nacen espontáneamente de la realidad interior del hombre. El obrar surge de una *actitud* específica. No son necesarios, pues, profetas o cristianos que expongan una hermosa ortodoxia, ni que embriaguen con la dulzura de sus palabras, lo que se necesita son hombres y mujeres que dejen clara la coherencia de su conducta: el cristiano que produce muerte está destinado a la muerte (Mt 7,19), el cristiano que produce vida está destinado a la vida (Mt 7,24-25).

El seguidor de Jesús es, pues, aquel que por la fe hace suya la causa de Jesús: la construcción del Reino de Dios. Solamente aquel que se entrega por

²⁸ Cf. *Decreto Ad gentes divinitus*, I, 6.

²⁹ Cf. H. Terán, «La Iglesia sacramento del reino», *Revista ITER* 40(2006), 22-24.

³⁰ Cf. P. Bonnard, *Evangelio según San Mateo*, (Madrid – 1983), 164-166.

completo al reino puede llamarse discípulo de Jesús³¹, sabiendo, a la par, que seguir a Jesús es entrar en el reino, ya que la empresa de Jesús abarca el anuncio de la buena nueva del Reino y a su vez la invitación a seguirle. Tal invitación al seguimiento y la respuesta decidida a esa invitación, no dejan de ser una gracia. Es la «gracia cara» de la que habla Bonhoeffer³², es gracia porque llama al seguimiento de Jesucristo, es cara porque le cuesta al hombre la vida, es gracia porque le regala la vida al hombre, es cara porque condena el pecado, es gracia porque justifica al pecador.

3. *Seguir a Jesús es creer y asumir la causa de Jesús*

Cargar sobre sus hombros la causa de Jesús, creyendo y dándolo todo por ella es lo que hace al hombre cristiano. Creer en el reino y entregar todo por él, como hizo Jesús, es la tarea que debe llevar adelante todo aquel que se diga seguidor de Jesús. La raíz del discipulado hunde sus raíces, o su sentido originario, en esta ortopraxis del reino.

Debemos recordar que la acción de Jesús, como anunciador de la llegada del reino, se ve prolongada en la actividad de los apóstoles, que son enviados por el mismo Jesús a llevar la buena nueva del reino, así lo plasma el evangelista Lucas: «*convocando a los Doce, les dio autoridad y poder sobre todos los demonios, y para curar enfermedades; y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar*» (Lc 9,2); esto significa que los apóstoles tienen que hacer el mismo anuncio que hace Jesús, y hacerlo conforme al estilo mismo de Jesús, es decir con palabras y hechos³³.

Esta acción prodigiosa de Jesús que a través de sus milagros y exorcismos declara inaugurado el reinado de Dios, no queda limitada sólo al quehacer de los doce, sino que se amplía a otros discípulos, tal y como se refleja en el envío de los setenta y dos (Lc 10, 1-11).

Las exigencias para seguir a Jesús están caracterizadas por esta disponibilidad absoluta para asumir la causa del Reino. A uno que ponía *condiciones* para seguirlo, Jesús le deja claro la naturaleza del discipulado: «tú

³¹ Cf. G. Greganti, *La vocazione individuale nel Nuovo Testamento. L'uomo di fronte a Dio*, (Roma - 1969), 65-70.

³² Cf. D. Bonhoeffer, *El precio de la gracia. El seguimiento*, (Salamanca - 1999), 16.

³³ Cf. Jeremias, *Teología del Nuevo Testamento*, I, 276: «La palabra sola es

vete a anunciar el Reino de Dios» (Lc 9,60). A otro que dudaba en seguirlo, Jesús le dice: «*Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios.*» (Lc 9,62), en otras palabras, aquel que se decide por Jesús y no lleva a cabo el deber misionero, el anuncio del reino, no es apto para seguir al Maestro. En definitiva seguir a Jesús equivale a hacerse cargo de su causa. Bien sabemos como este querer instaurar el reinado de Dios trajo para Jesús el padecer una muerte violenta. Los signos realizados por Jesús en Jerusalén (su entrada triunfal, las grandes curaciones, su pretensión ante lo que significaba el templo, etc.) generaron una reacción hostil por parte del estamento religioso, que le impuso a Jesús la certidumbre de una muerte inminente. Muerto Jesús, habría de comprenderse que había muerto también su causa ya que la identificación de Jesús con su mensaje era tan implícita, que dicha muerte debió significar la no instauración del reino de Dios.

Sin embargo la experiencia de los apóstoles con el Señor resucitado no difumina, u opaca, esa nota constitutiva de lo que había sido el seguir a Jesús en vida: llevar adelante la causa del reino. El libro de los Hechos de los Apóstoles es preciso en afirmar, como antes de la ascensión el resucitado se les apareció durante cuarenta días a los apóstoles y les hablaba de todo lo referente al Reino de Dios (Hch 1,3); y agrega el autor de los Hechos: «*le preguntaron: «Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el Reino de Israel?».* El les contestó: «*A vosotros no os toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad*»» (Hch 1,6). Desde esta óptica podríamos afirmar que el encargo confiado a los discípulos por parte de Jesús resucitado es proseguir con la misión del reino por todo el mundo, tal y como lo sintetiza Mateo: «*Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes*» (Mt 28,19). Pero el mensaje sobre el reino de Dios, se unirá al anuncio de la persona de Jesús como único salvador, recuérdese que la síntesis del kerigma primitivo es que «Dios ha resucitado a Jesús de la muerte» (Hch 2,24; 13,334; Rom 4,24, etc.), y ese hecho ha *significado* salvación para el hombre³⁴. Un pasaje

sonido huero. La acción sola puede ser obra del diablo. Tan sólo en la palabra y en la acción juntas es donde se manifiesta el reino de Dios».

³⁴ Cf. Cf. Haight, *Jesus symbol of God*, 347-348: «The death of Jesus as a death into resurrection amounts to a promise by God of salvation in future that responds to human hope. It is, Moltman says with Paul, a promise of victory over death itself. Christian hope is founded upon the remembrance of Jesus' suffering and resurrection. This hope is an unequivocally joyful hope for the resurrection and the life of the world to come».

significativo que ilustra lo que estamos aseverando lo hallamos en el libro de los Hechos de los Apóstoles, donde se narra que Pablo, una vez llegado a la isla de Malta, comenzó su ministerio: *«e iba exponiendo, a la muchedumbre, el Reino de Dios, dando testimonio e intentando persuadirles acerca de Jesús, basándose en la Ley de Moisés y en los Profetas, desde la mañana hasta la tarde»*. (Hch 28,23), y sigue recalcando el hagiógrafo que Pablo: *«predicaba el Reino de Dios y enseñaba lo referente al Señor Jesucristo con toda valentía, sin estorbo alguno»*. (Hch 28,31).

No obstante, a lo largo de su afán misionero Pablo va redimensionando el anuncio del evangelio hacia dos puntos muy precisos: a) el evangelio es el mensaje sobre el verdadero Dios, opuesto a los dioses falsos, como la recuerda a los Gálatas: *«Pero en otro tiempo, cuando no conocíais a Dios, servíais a los que en realidad no son dioses. Mas, ahora que habéis conocido a Dios, o mejor, que él os ha conocido, ¿cómo retornáis a esos elementos sin fuerza ni valor, a los cuales queréis volver a servir de nuevo?»* (Gal 4,8-9). b) y el evangelio es un mensaje acerca de Jesús, el Mesías, Señor de Israel y del mundo, el que resucitado por el Padre, se encuentra sentado a su derecha: *«por encima de todo principado, potestad, virtud, dominación y de todo cuanto tiene nombre no sólo en este mundo sino también en el venidero»*, como reza la epístola a los Efesios (1,21)³⁵.

La prédica de la buena nueva evangélica se condensa así, en la perspectiva paulina, en el acontecimiento Cristo, que fue crucificado y levantado de entre los muertos por la acción del Padre³⁶. En Cristo se cumplen todas las profecías veterotestamentarias, es el Mesías exaltado, constituido en Señor de cuanto existe, iniciándose así la era de la salvación para todo aquel que le acepta como salvador³⁷.

³⁵ Cf. L. De Lorenzi, «La vida espiritual de Pablo», en G. Barbaglio (ed.), *Espiritualidad del nuevo testamento*, (Salamanca – 1994), 105: «Así, pues, el evangelio que Pablo anuncia está vinculado y basado en la historia; en él no solamente se revela en proyecto de Dios y su voluntad, dado que Dios lo había ya preanunciado mediante sus profetas en las Escrituras (Rom 1,2). En él es el Hijo mismo de Dios el que es proclamado, es decir, aquel personaje histórico y concreto que tiene el nombre de Jesús y que vino a la tierra como Mesías o Cristo».

³⁶ Cf. D. J. Moo, «The Christology of the early Pauline letters», en R. Longenecker, *Contours of Christology in the new testament*, (Michigan - 2005), 108: «If Jesus' death is the dominant focus in Paul's Christology, Jesus' resurrection is a close second. Indeed, the death and resurrection of Jesus are often paired as two intertwined redemptive events (see specially Rom 4,25; 5,10; 6,5; 8,34; 2Cor 4,10)».

Podemos preguntarnos: ¿qué pasó con la causa de Jesús?, ¿qué pasó con el reino como nota característica del discipulado cristiano? Hay un dato curioso y es que el tema del reino de Dios tomado en forma global no es el centro del nuevo testamento, pero si es el centro en la vida y misión de Jesús, tal y lo avalan los evangelios sinópticos. La explicación a esta situación la encontramos en la dinámica misma de las primeras comunidades primitivas. Dichas comunidades, evangelizadas en gran número por Pablo y sus acompañantes³⁸, hacen del anuncio de la muerte y resurrección de Cristo el núcleo de su predicación y de su praxis de vida³⁹. Hay que señalar también que la reivindicación de la persona de Jesús como Kyrios, por parte de los primeros cristianos, ponía de manifiesto la validez de la causa de Jesús, en tanto que proclamar a Jesús como Mesías era afirmar que el reino estaba ya en marcha, y como acontecimiento definitivo, o escatológico, este reino estaba ligado a la Parusía⁴⁰ que era aguardada como algo inminente. De modo que el reino de Dios, tan esperado, y la venida de Jesús como juez escatológico aparecen totalmente correlacionados.

Todo esto conduce a que el mensaje del reino vaya asumiendo expresiones cristológicas cada vez más pronunciadas. La Parusía no acontece, pero la figura de Jesús continúa siendo la buena nueva llevada adelante por los cristianos, quedando, paulatinamente, el reino predicado por Jesús, totalmente marginado u omitido. La novedad gozosa del reino y su materialización entre los hombres, gracias a la acción de Jesús, es sustituido, ahora, por el anunciador del reino: Jesús. El predicador del reino se convierte ahora en el centro de la predicación de los cristianos.

Posiblemente, hoy, resulte chocante a los oídos de tantos creyentes el afirmar que los cristianos deben creer más en el reino, que creer en un Jesús etéreo, proclamado como Señor y Salvador, pero sin ninguna repercusión ni en

³⁷ Cf. J. S. Bosch, *Escritos paulinos*, (Estella – 199), 299-306.

³⁸ Cf. Moo, «The Christology of the early Pauline letters», en Longenecker, *Contours of Christology in the new testament*, 169: «Paul and his churches apparently were in basic agreement about who Jesus was and what he had done. [...] Paul must have inherited a good deal of his understanding of Jesus' person and work from christians who had gone before him.»

³⁹ Cf.B. Witherington, *Jesus as the alpha and omega of the New Testament thought*, en Longenecker, *Contours of Christology in the new testament*, 26-29.

⁴⁰ Cf. Rausch, *Who I Jesus? An introduction to Christology*, 127-129.

la vida del creyente ni en la sociedad actual. Y es que creer en el reino es creer en Jesús, optar por el reino es optar por Jesús. Jesús creyó en el reino, y creemos en Jesús creyendo lo que él creyó, apostando por lo que él apostó, haciendo nuestro su único objeto de fe: el Dios del reino. El reino de Dios se ha hecho visible, en forma sacramental, en la persona de Jesús; de allí que reino de Dios y Jesús son dos realidades inseparables⁴¹.

Todo hombre, toda mujer, que aspira a convertirse en discípulo de Jesús tiene necesariamente que fundar su existencia en el ideal de la justicia evangélica que implica el reino, sólo de esta manera se puede prolongar la obra iniciada con tanta ilusión por Jesús de Nazareth.

Creo que debemos erradicar esa idea que ser discípulo de Jesús es empeño por convertirnos en otros Cristos, a modo de imitación como ya lo indicaba; el horizonte a contemplar es que ser discípulo implica proseguir con su obra, esforzarnos en la construcción de un mundo donde se instaure un régimen evangélico de justicia y de amor. Es por ello que resultan tan duras las exigencias de Jesús cuando llama a que le sigan: desapego a la familia, negarse a sí mismo y tomar la cruz, despojo efectivo de los bienes, etc., que en el fondo lo que tratan de decir es que seguir a Jesús es crear un tipo especial de relación con él que lleve a un enamoramiento de su sueño, de su causa, de aquello que es el reino y del riesgo que implica; pero un riesgo que es, a la vez, confianza en aquel que nunca falla: Jesús. Bien lo decía Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*: «sólo el reino es absoluto; y comparado con él todo lo demás es relativo»⁴²

La Iglesia se ha detenido, a lo largo de tantos siglos, en predicar a un Cristo glorioso, señor de todo, a quien se debe todo honor y gloria, exaltando sus cualidades divinas; el problema surge en que este Cristo se presenta divorciado de su causa, de su mensaje, como lo es el Reino. Haciendo de Cristo su único centro de gravedad, la Iglesia no ha sabido convertirse en verdadero sacramento del reino, o a lo sumo se ha equiparado ella misma al reino.

⁴¹ Cf. Fuellenbach, *The Kingdom of God. The Message of Jesus today*, 235: «How is the kingdom of God connected with the person of Jesus? The kingdom is not a thing, not just a gift from God; it is ultimately God's self-communication to us in love. [...] It is the incomprehensible and compassionate love of God, who did not spare God's only Son but gave him up for our sake so that we may have life and have it in abundance».

⁴² Cf. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 8.

La Iglesia institucional, nosotros como comunidad de creyentes, debemos estar convencidos que predicar a Jesús es anunciar su mensaje: la buena nueva del reino. Ni salva, ni justifica un Jesús separado de su causa. Repito: creer en el reino es creer en Jesús y en lo que él creyó. Si esto lo asumiera la Iglesia en la amplitud de su *significado* y en el compromiso que conlleva, tendríamos otro estilo de vida eclesial, otra praxis pastoral, y por encima de todo tendríamos otra presencia más significativa, más conflictiva y más testimonial de la Iglesia en la sociedad contemporánea. Hace falta, hoy más que nunca, la presencia de cristianos que ante la indiferencia o la tergiversación religiosa sean testigos del reino de Dios con una praxis existencial, de modo que practiquemos lo que decimos creer. Hay, pues, una necesidad imperiosa de convertirnos todos al reino, de volver a la raíz de lo que fue la persona y el mensaje de Jesús.

No podemos negar el empeño de la cristología, al menos en determinados sectores, por recuperar al Jesús histórico, pues este empeño debería reportar la ventaja de recuperar el mensaje y la causa de Jesús como factor primario de cohesión y da sentido a esto que llamamos fe cristiana; de modo que en nuestro símbolo de fe podamos algún día decir: «Yo creo como Jesús de Nazareth, en el reino de Dios inaugurado por él en la tierra»⁴³.

Convertir al Jesús histórico en la pauta única de seguimiento, es hacer de su causa el criterio certero de lo que significa vivir, actuar, pensar como cristiano, y se podrá eliminar este cristianismo tan ilusorio o superficial que corroa el espíritu de tantos que sienten buenos católicos practicantes, quitándonos la posibilidad, o tentación, de adaptar a Jesús a nuestros caprichos, imágenes e ideologías, sean las que sean⁴⁴.

⁴³ Cf. G. L. Salas, «Ser discípulo de Jesús hoy», *Biblia y fe* 87(2003), 133: «Las energías que ha gastado (la Iglesia) en predicar a Cristo y sus atributos divinos debería ahora, rectificando y corrigiéndose -siempre se está a tiempo-, dedicarlas apasionadamente a la Jesuología y al Reino de Dios [...] A fin de cuentas, el reino de Dios constituye el canon en el canon del nuevo testamento (núcleo y sustancia) y según eso la teología eclesial debería ser más jesuánica que bíblica, pues no todo en la Biblia es jesuánico y habría que comprobarlo críticamente».

⁴⁴ Cf. P. Casaldáliga – J. Virgil, *Espiritualidad de la liberación*, (Santander – 1992), 150: «Si se cambia la imagen de Jesús, cambia también, consiguientemente, la concepción que la Iglesia tiene de su misión, de la evangelización, del seguimiento».

3.1. *Movidos por el Espíritu de Jesús*

Hemos afirmado que los discípulos de Jesús son aquellos que asumen como suya la promesa del reino. Pero hacer esto no es fruto sólo de una decisión del hombre, como reafirmación de un voluntarismo recio y acabado. Hacer del reino la ilusión, el sueño, el desafío de nuestras vidas es fruto ante todo de la fuerza del Espíritu en nosotros.

Si repasamos los evangelios encontraremos un íntimo vínculo de unidad entre Jesús y el Espíritu. Es el Espíritu el que intervine en la generación histórica de Jesús (Lc 1,35); es el Espíritu el que desciende sobre Jesús al ser bautizado en el Jordán (Mt 3,16); el Espíritu conduce a Jesús al desierto (Mt 4,1); Jesús se presenta en Nazareth como el profeta enviado por Dios y dotado de la fuerza del Espíritu para llevar adelante su misión (Lc 4,17-21). El impulso del Espíritu lleva a Jesús a exultar de alegría (Lc 10,21), a enfrentarse con los poderes de este mundo, a encaminar su anuncio liberador a los pobres (Lc 4,18), a mostrar con signos y prodigios que el reino se ha establecido entre los hombres. En otras palabras, el dato evangélico que se descubre ante nuestros ojos, es que ha sido el Espíritu aquel que ha dirigido a Jesús hacia un horizonte muy preciso, el cumplimiento de la voluntad del Padre: la instauración de su reinado⁴⁵.

Es este mismo Espíritu el don que Cristo nos ha conferido en la Pascua; ha sido este Espíritu el que, derramado abundantemente sobre la comunidad creyente, nos ha constituido en seguidores de Jesús. Pablo es el autor que más ha evidenciado la identidad espiritual de los cristianos, que es fruto de esta donación por parte de Dios de su Espíritu que ahora «habita»⁴⁶ (1 Cor 3,16) o «inhabita» (2 Tm 1,14; Rom 8,11) en aquellos que siguen a Jesús. El Espíritu, de hecho, hace del creyente «hijo de Dios» (Gal 4,6; Rom 8,14-16), generando una original relación de extrema intimidad y familiaridad con Dios al que podemos llamar «Abbá», es decir Padre (Gal 4,6; Rom 8,15). Constituidos hijos en el

⁴⁵ Cf. Y. Congar, *El Espíritu Santo*, (Barcelona – 1983), 47: «Conducido por el Espíritu venido a él en su bautismo, Jesús emprende su ministerio evangélico: los tres sinópticos lo presentan comenzando su lucha contra el demonio. [...] La bajada del Espíritu a Jesús inmediatamente después de su bautismo es presentada como una unción: unción profética, unción para una misión de anuncio, pero también de realización de la buena nueva de una liberación del mal y del maligno».

⁴⁶ Cf. V. Furnish, *The theology of the first letter of the corinthians*, (Cambridge – 1999), 94-96.

Hijo, el Espíritu nos conforma antológicamente con Jesús, haciéndonos partícipes de su misterio pascual gracias a las aguas del bautismo (Rom 6,3-7), acreditándonos el derecho a la herencia divina (Gal 4,7; 2Cor 3,18).

Este Espíritu de Dios donado a los creyentes no está destinado a permanecer pasivo en nosotros, al contrario su presencia ha de estimular en el hombre de fe la misión. A la acción invisible pero eficaz del Espíritu se debe la renovación moral y espiritual de los seguidores de Jesús para el desafío de la tarea a la que han sido convocados. El Espíritu se convierte en los discípulos del resucitado un principio de fe en Dios y en Señor Jesús⁴⁷ (1Cor 12,3; 2Cor 4,13) y promueve concretamente una nueva conducta moral⁴⁸ (Rom 8,4-17). El Espíritu se transforma en el creyente en principio experiencial del misterio divino (1Cor 2,10-16; 7,40;), principio de santificación (Rom 15,16, 1Cor 6,11) y de coraje apostólico (Fl 1,19; 2Tm 1,7). Y Juan en su evangelio no deja de recordarnos que es el Espíritu el defensor que da seguridad al cristiano ante las hostilidades del mundo⁴⁹ (Jn 15, 26-27; 16,7-11).

⁴⁷ G. Bornkamn, *Pablo de Tarso*, (Salamanca – 1991), 237: «Pablo tiene en común también con los iluminados de Corinto la experiencia de que el Espíritu de Dios es una potencia incontenible que, a partir de Dios, irrumpe en los creyentes y los arrastra. Pablo no tiene miedo de recordar a los corintios las inspiraciones que experimentaron en su anterior vida pagana (1Cor 12,2). Pero, por esa misma razón, conoce bien la ambigüedad de tales fenómenos. El único signo de autenticidad del Espíritu Santo es la confesión: Kyrios Jesús (1Cor 12,3), es decir la confesión del crucificado».

⁴⁸ Cf. K. Haacker, *The Theology of Paul's letter to the Romans*, (Cambridge – 2003), 66: «It is the Holy Spirit as life-giving power, revealed as such as in Christ's resurrection, who is also able to perform the miracle of changing the hearts and minds of believers so that the ethical essence of the Law begins to shape their lives. This miracle does not happen once and for all but becomes operative in everyday decisions. However, Paul takes for granted that these practical decisions are only an application and confirmation of a fundamental decision that is implied in one's belonging to Christ or being a child of God».

⁴⁹ Cf. G. Zevini, «La espiritualidad en la tradición de Juan», en Barbaglio (ed.), *Espiritualidad del nuevo testamento*, 231: «Es sólo el Espíritu el que da testimonio a favor de los creyentes. Por medio de la interiorización de la palabra de Jesús y de la presencia del Espíritu en ellos (los creyentes), Jesús con el Padre, está presente de nuevo entre ellos. Solo el Espíritu, que habita en ellos, los hace capaces de descubrir el misterio de la persona de Jesús desde dentro, haciéndoles recordar todo lo que Jesús les había enseñado».

Los creyentes que dóciles al Espíritu del Resucitado, caminan con él, son los que están capacitados para proseguir con la cusa de Jesús. Justamente «vivir en el Espíritu», «caminar con el Espíritu», «dejarse guiar por el Espíritu», no son sino expresiones que tratan de evidenciar que el cristiano es habilitado por este Espíritu para que pueda seguir a Jesús, asumiendo su causa y haciéndose anunciador y constructor del reino de Dios.

La espiritualidad cristiana se concreta, de esta manera, en una espiritualidad de seguimiento. La única seguridad que poseemos para sabernos seguidores de Jesús, consistirá en estar dotados del Espíritu del resucitado dejándonos guiar por él. Sólo podemos creer como Jesús, e identificarnos con su misión si lo hacemos con su mismo Espíritu.

3.2 El seguimiento como praxis del reino

Hoy nos resulta apremiante el traducir en obrar concretas las cosas que decimos o predicamos. Seguir a Jesús es creer en él asumiendo su estilo de vida y en consecuencia su destino. Este seguimiento exige fidelidad, y esta fidelidad es la que llamo la praxis del reino, o también la praxis del seguimiento, que no es más que materializar los valores del reino; hacer que aquello que llamamos un ámbito de dignidad para el hombre pueda llegar a toda persona, en especial a los necesitados, a los marginados, al pobre y menesteroso.

Han sido muchos los discursos de tantos creyentes que han enarbolado la bandera de la justicia, de la igualdad, de la dignidad para todos, pero en el momento concreto de la acción quedan reducidos a huecas palabras que se las lleva el viento. Pastorales que se reducen a simple planificaciones teóricas, o que se convierten en un simple asistencialismo momentáneo. Alguno podrá decir entonces: ¿qué hacemos?, se nos critica todo.

No quiero, como lo decía al inicio, dar la palabra última sobre cómo seguir a Jesús hoy, ni mucho menos proporcionar soluciones mágicas o recetas pastorales eficientes para que todo sea coherencia perfecta. Busco tan sólo reflexionar con ustedes sobre la perspectiva hacia la cual tenemos que encaminar nuestra praxis de vida como seguidores de Jesús, y esta praxis toca necesaria el tener que transformar estructuras que hoy no posibilitan que muchos hermanos nuestros tengan, al menos, lo mínimo para poder vivir dignamente como hijos de Dios.

Sería un espejismo imaginarnos un reino de Dios que no toque este orden social mundial que tenemos hoy, sea cual sea su modelo político. El reino ha de

generar, gracias al compromiso de cada cristiano con su hermano, un nuevo orden en el que la injusticia, la opresión, la explotación, la manipulación venga de donde venga, no siga despersonalizando, desfigurando el rostro de tantos hombres y mujeres, en los cuales se ve amancillada la imagen misma de Dios.

El que Jesús haya luchado por este ideal la costó la vida. Cabría la pregunta: ¿estamos dispuestos a beber del mismo cáliz del Señor? Nadie puede negar que evangelio significa libertad, pues esta fuerza liberadora del evangelio es la que debe ser experimentada en la realidad de nuestra vida cotidiana, si no es así entonces se convierte el evangelio en una hermosa y maravillosa ideología. Praxis del seguimiento y comodidad instalada no son realidades conjugables, algo hay que hacer, y ese hacer toca la vida de *cada día*, en su dimensión personal, social, económica y política. Por tanto sin compromiso, de ayuda y servicio al hombre, no hay fidelidad a la causa de Jesús, y por ende no hay un auténtico seguimiento.

Que esto sea una tarea difícil, claro que es cierto pero no imposible; el Espíritu de Jesús nos anima. Y digo que no es fácil porque al ver este mundo que nos rodea, lo primero que percibimos es la presencia del antirreino, es decir de esa fuerza poderosa que tiende a aplastar los valores del reino. De allí que Sobrino acuñe una frase preñada de una claridad meridiana y es que seguir a Jesús trae como consecuencia «cargar con el peso del antirreino»⁵⁰; lo que implica enfrentarse con el poder de este mundo, tal y como lo hizo Jesús.

No todos experimentarán la crueldad de la muerte y la violencia en su trabajo por el reino, como Jesús, pero lo que si es cierto que todos los que nos esforcemos por construir el reino, en «algún grado y de forma analógica»⁵¹ participaremos de la cruz de Cristo.

Seguir a Jesús es adherirse a su causa, sin escapar del mundo, sino encarnándose plenamente en este mundo teniendo conciencia plena que es al hombre, en forma integral, al que hay que salvar, redimir y liberar. En tal sentido la Iglesia tiene que ser el ámbito privilegiado para que esto pueda comenzar a emerger en el mundo de hoy.

⁵⁰ Cf. J. Sobrino, «La centralidad del reino de Dios anunciado por Jesús», en *Revista latinoamericana de teología*, 68(2006), 155.

⁵¹ *Idem.*

3.3 *La Iglesia: ámbito para que el reino acontezca*

Como comunidad de fe, la Iglesia está conformada por aquellos que siguen a Jesús. Pero creo que hay un serio problema, y es que en la práctica nos hemos conformado más en crear asambleas litúrgicas, que llenen nuestros templos en las eucaristías dominicales, que en construir auténticas comunidades cristianas, en las cuales se vayan gestando hombres y mujeres comprometidos con la causa del Reino.

Esta realidad toca la conciencia misma que la Iglesia tiene de sí: ¿cómo se concibe así misma la Iglesia? Contestar este interrogante daría para una extensa reflexión; yo sólo quiero recordar que la Iglesia es o ha de ser sacramento del reino. El reino podrá coincidir parcialmente con la Iglesia en el plano de la realidad histórica, pero la Iglesia no es el reino, ni todo lo que en la Iglesia hay hace alusión al reino. El reino trasciende las barreras de la institución eclesiástica, hay semillas del reino por toda la tierra, así como por toda ella también hay semilla de antirreino. Pero lo determinante aquí es precisar que el seguimiento de Jesús será algo posible y realizable en la medida en que la misma Iglesia se sienta sacramento de la causa de Jesús; que la Iglesia se convierta en servidora del reino y se comprometa en su construcción.

Se nos ha repito, hasta el cansancio, que somos la Iglesia del Señor, eso es verdad, pero lo que no se repite, o peor lo que no se dice, es que ser Iglesia es estar en disposición y servicio absoluto del reino. Por tanto hay que cuestionar desde dónde se evangeliza y cómo se evangeliza hoy al interno de la Iglesia, porque lamentablemente lo que menos se hace es poner nuestras manos para construir valores reales que sepan a evangelio en esta sociedad actual.

Si Jesús anunció la buena nueva del reino, en especial a los pobres, la opción preferencial por los más desposeídos siempre será el mayor desafío que encuentre la Iglesia al momento de exigir que el cristiano se convierta en auténtico discípulo de Cristo. Hoy la Iglesia debe recordar que el reino, en estos momentos tan particulares en los que vivimos, es una opción por la justicia; y en la liturgia oramos todos los días: «venga tu reino Señor», y es más la Iglesia misma nos recuerda en el prefacio de Cristo Rey que el reino de Dios es un reino de: «verdad y de vida, reino de santidad y gracia, reino de justicia de amor y de paz». Y todo esto lo digo porque una Iglesia convertida al reino engendrará hijos convertidos al reino; una Iglesia comprometida por instaurar el reino formará a hombres y mujeres que sean verdaderos seguidores de Jesús, porque se empeñarán en que el reino acontezca de forma clara y precisa.

Que el seguir a Jesús hoy, en siglo XXI, no sea para nosotros un piadoso propósito, o un epíteto teológico de moda. Que el seguir a Jesús hoy sea, el compromiso serio con su causa, el reconocimiento y apoyo a grupos que dentro de la Iglesia materializan hoy el reinado de Dios, la disposición al diálogo por parte de todos los sectores de la sociedad para que surja un mundo más digno conforme a la voluntad del Padre que está en los cielos. Que el seguir a Jesús hoy se convierta en el eco sonoro y desafiante de la voz del maestro que nos dice una y otra vez: *«Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y lo demás lo recibiréis por añadidura»* (Mt 6,33).